

Ética y formación periodística

Por Raúl Muñoz Chaut

La creación de una malla curricular o plan de estudios debe responder, en su tejido y articulación, a tres demandas propias de su naturaleza.

En primer lugar, garantizar la idoneidad de la persona que se forma en algún área del saber. Esto significa que el profesional egresado de una institución de educación superior, efectivamente llega a la sociedad con el conocimiento y las capacidades que le permitan resolver los problemas de su competencia. En segundo lugar, que conocimiento, aplicación y desarrollo de la(s) técnica(s) propia o propias a la profesión sean las correctas, para conseguir las metas u objetivos determinados.

Y en tercer término, garantizar que dentro del proceso formativo, la ética ha jugado un rol preponderante, sobre todo pensando en el nivel de decisiones al cual todo profesional de modo inevitable se ve enfrentado.

Desde mi punto de vista, estas tres dimensiones debieran estar presentes en cualquier carrera de formación superior, pero acentuaría el énfasis en la última para quienes han optado por el área de las comunicaciones y el periodismo.

A mayor abundamiento, el ejercicio de la labor informativa sigue tensionada por la adopción de un modelo liberal que considera la esfera pública como un espacio abierto en donde la gente determina la orientación de las pautas y los medios de comunicación social facilitan este proceso, bajo la figura de la opinión pública. Sin embargo, este modelo ideal, en la práctica, poco funciona, pues la oferta nace de un sistema industrial y la demanda está constituida por un grupo amplio, heterogéneo que consume. Por ende, como consecuencia, los medios de comunicación, en lugar de actuar como facilitadores, se han vuelto protagonistas del debate, marcando diariamente la agenda.

El periodismo y, en sentido amplio, la comunicación enfrentan dificultades en terrenos que debieran ser clarificados por la formación profesional. En este contexto, lo primero que debemos hacer es aceptar el momento en que vivimos, el cual en sus múltiples aspectos, se caracteriza por dos factores predominantes: la velocidad en el desarrollo del conocimiento y la instantaneidad de las comunicaciones.

Ciertamente los últimos decenios han sido testigos de los mayores avances científicos que ha conocido la humanidad en su historia y no sería pretencioso enunciar que la mayoría de los investigadores, que han producido este conocimiento o lo están generando, coexisten con nosotros.

Por otro lado, no se puede dejar de considerar que las mejoras en los sistemas de comunicación han logrado crear un ámbito tal que no existe nada o casi nada que no se pueda conocer en cuanto es producido, a menos que se le afecte con la calidad de secreto.

Así pues, los conocimientos están cada día al alcance de un mayor número de personas e influyen sustancialmente en sus condiciones de vida y en el modo de enfrentar la contingencia. La globalidad de las comunicaciones ha producido un efecto que hace pocos decenios era impensado. Igualmente adquiere especial relevancia la globalidad del conocimiento pues los problemas que deberá abordar el futuro profesional o graduado, en su vida laboral, serán multifactoriales y, por lo tanto, exigen tener conocimiento sobre las diversas variables que de modo directo o indirecto intervienen en un determinado fenómeno.

Particular significado le otorgo a la globalidad en la economía, pues ella es una suerte de viga maestra del desarrollo mundial. Ejemplos notorios de esta aseveración son los diferentes

tratados multilaterales y laterales entre países y bloques de países (APEC, MERCOSUR, UE, NAFTA, etc).

Además, habrá que tener clara conciencia de que en nuestra sociedad es muy posible que muchos tengan la misma información. La diferencia estará dada por el modo de emplearla.

Interrogantes básicas, que deben estar en el trasfondo de un plan de estudios, generan las opciones de formación en los terrenos de la idoneidad, de la técnica y de la ética. Cuestionamientos como los siguientes permiten tomar decisiones muy trascendentales:

¿Somos capaces de enseñar hoy lo que habrá de producirse mañana o lo que debemos hacer es generar en nuestros estudiantes la capacidad de avanzar junto con el cambio, aprendiendo a aprender, y teniendo clara conciencia que la mayor parte del conocimiento que hoy nos parece útil mañana estará obsoleto?

¿Es conveniente continuar segmentando, para su enseñanza, las diversas áreas del conocimiento o será preciso incorporar metodologías, que manteniendo la diversificación del mismo, sean capaces de permitir una visión global de los problemas?

¿Cuáles son los principios valóricos, éticos y antropológicos que una institución de educación superior debe transmitir a sus estudiantes?

Toda organización educativa confía en la capacidad de la razón humana para describir y conocer el ser y la realidad de las cosas mediante el estudio al más alto nivel. Todo ello respetando los medios propios de cada ciencia o disciplina en sus procesos de investigación y dentro de las normas de ética y moral consiguientes.

Por esto, se parte de una base antropológica que sirve de fundamento a todo proceso, esto es, la condición racional del hombre. La Universidad sigue siendo el lugar adecuado, aunque no el único, para el progreso humano en pos de un centro orientador: la búsqueda de la verdad.

Lo anterior no significa desdeñar el aporte que puede surgir a partir de la intuición y desde el mundo de la emocionalidad. A partir de estos conceptos, la universidad configura una tarea tridimensional: la que mira hacia el pasado para conocerlo y asumirlo en cuanto tiene de conquista humana y de tradición; la que se centra en el presente para transmitirlo a las nuevas generaciones desde la asimilación profunda y la crítica leal; y una tercera orientada a permitir a sus integrantes el acceso a nuevos horizontes de perfección, de realización, de superación humanas.

Lo anterior, a su vez, constituyen verdaderos desafíos que determinan el como aprender a aprender, el conocer como se conoce y el hecho de que necesariamente es posible cambiar con el cambio.

Sin embargo, estas ideas que surgen desde la universidad colisionan dramáticamente con las prácticas sociales que hoy abundan y tienen como norte un afán de acumular más y más dinero y/o poder.

En opinión de muchos resulta más simple reconocer a saqueadores disfrazados de inversionistas; a organizadores de megaproyectos a costa de bosques, playas de mar o de lagos, y de las personas que habitan esos lugares; a especuladores que aprovechan la información privilegiada o los vacíos legales para enriquecerse defraudando, de paso, a numerosos ahorrantes; a usureros disfrazados de comerciantes; a personas que rasgan vestiduras por la patria, pero dispuestos a vender lo que pisan y arrasar con todo lo bueno y hermoso que tiene un país a cambio de unos dólares; a gente enferma de codicia que abusa de la confianza y el poder; explotadores de sus empleados en grado superlativo y completamente endurecidos frente a la necesidad o el sufrimiento ajenos e incapaces de

tender la mano, a menos que en su extremo exista a una compensación de algún tipo... y la lista es larga.

Por otra parte, los medios de comunicación realizan una función mediadora entre la realidad y quien no tiene acceso directo o fácil a ella. De alguna manera están determinando qué es lo que vale o es importante. No olvidemos tampoco que los medios no son agrupaciones altruistas de profesionales con el único fin de informar correctamente, así como tampoco lo son las clínicas médicas. Son empresas con ánimo de lucro.

El hecho de ver ciertos programas, comprar determinados diarios o revistas, escuchar diferentes radios, etc. hace deducir que es eso lo que el público quiere y pide. La ecuación es sencilla: "a más venta, más acierto y más prestigio profesional".

Parece una ecuación válida, pero es falsa. Sabemos que la sociedad de consumo produce en exceso y tiene que vender todo lo que produce (de aquí el decisivo aporte del marketing y la publicidad, por ejemplo).

La tiranía de los índices de audiencia o raiting despoja a los medios de comunicación de su dignidad profesional, al privarlos de la característica esencial de toda profesión, cual es el perseguir el bien del receptor, y se instrumentalizan al servicio de un fin que les es ajeno: la ganancia de la empresa o del empresario.

Por eso, la responsabilidad y la autonomía éticas se difuminan fácilmente, cuando otros imperativos se muestran como dominantes e inescapables. Los principales son, como se señaló, el dinero y su socio eterno, el poder.

En consecuencia, el quehacer periodístico enfrenta serias dificultades respecto a varios dominios. Entre otros, los siguientes:

1. Problemas de calidad de la información, por cuanto se privilegia la entretención más allá de lo conveniente y, en no pocos casos, de manera grosera.
2. Problemas de parcialidad o sesgo, que se puede observar en la selección, titulación y jerarquización de la información.
3. Problemas de confusión de géneros, pues existe una tendencia a mezclarlos, tanto en las editoriales como en las crónicas u otras formas periodísticas. Por ejemplo, información neta con opinión.
4. Problemas de dramatización excesiva, transformando los hechos en un espectáculo, adoptando un paradigma maniqueísta entre buenos y malos.
5. Problemas de descontextualización, alterando el contexto de realización de los hechos por supresión, silenciamiento, autocensura, etc.

Dichos conflictos surgen por las tensiones generadas en el medio social y la única manera de resistir o persistir en una labor correcta y adecuada radica en la fuerza de la formación recibida.

Cuando se descubre que el público discrimina más de lo que se sospecha, se apela a la ética. El engaño, la corrupción, el pasar gato por liebre, redundan en la falta de confianza y credibilidad. De un modo u otro se reconoce que la lealtad a unos principios y el autocontrol (y en esto ni más ni menos consiste la ética) es rentable: otorga credibilidad y da prestigio.

La moral no tiene otro fundamento que la razón humana. No son necesariamente la religión ni las ideologías, ni siquiera las costumbres las garantes de la ética, aunque puedan y debieran ayudar. Lo razonable, sin embargo, es aquello que puede proponerse con pleno sentido, pero

es difícil exigir de modo universal porque los argumentos que lo avalan son más de carácter narrativo que silogísticos. Por eso no pretende convencer argumentativamente, de modo que el interlocutor quede "derrotado", sin propuestas, sino buscar una sintonía a través de un elemento siempre biográfico dentro de un relato. De aquí la importancia pedagógica del ejemplo. El acuerdo de la corrección de una norma no puede ser nunca un pacto o un mero compromiso, fruto de una negociación. Más bien debiera ser el resultado de un diálogo sincero que termine en un acuerdo unánime.

La ética moderna y, por ende, el comportamiento de cada uno de nosotros está más centrado en los actos del sujeto y no tanto en sus cualidades. La persona actual sólo es depositaria de unos derechos, pero carece de indicadores sobre cuáles han de ser las virtudes y en qué marco debe desarrollarlas.

¿Cómo determinar hoy la excelencia de la persona si existen tantos modos diferentes de realizarse como individuo? ¿Cómo construir una moral a partir de un estado cuasi caótico? ¿Cómo lograr que ese cómo anterior sea el sustento del proyecto del país o de la cultura que queremos compartir?

El importantísimo objetivo de formar, más allá de la importante labor de instruir, es el espacio donde existe la oportunidad de afianzar el hábito de sobreponerse a las dificultades y no retroceder frente a las nuevas exigencias, es el lugar para la formación de un carácter, porque con él se vive y se actúa. Es en definitiva el sello de la personalidad.

La preocupación por la exigencia de los valores en el proceso intelectual mismo y la percepción de sus correlaciones con las visiones de mundo es la mayor y más urgente de las exigencias de la formación humana. Y en este sentido reconozcamos que se ha debilitado el rol del docente por cuanto éstos no estiman de su responsabilidad el requerimiento ineludible para la entrega de valores.

Albert Einstein señaló, en algún momento: " Es esencial que los estudiantes adquieran una comprensión y un sentimiento vivo de los valores, deben lograr una sensibilidad despierta hacia la belleza y de lo moralmente bueno. De otra manera, el estudiante se parece, con todo el conocimiento especializado, más a un perro bien adiestrado que a una persona armoniosamente desarrollada".

La urgencia en este punto nace precisamente al reconocer el carácter masivo que predomina en las instituciones docentes, a la complejidad creciente de sus tareas, a la ausencia de un consenso básico acerca del destino humano y al estado de crisis permanente de la conciencia ante las confusas y contradictorias relaciones entre las diversas partes de la humanidad y de ella con la naturaleza. Aunque suene utópico, habrá que seguir soñando con que la universidad deje de ser servidora de los poderes económicos o políticos instalados.

Este aspecto formativo se reduce, en muchos casos, a dejar dentro del plan de estudios algún curso de Ética o de Ética Periodística y Legislación de Prensa. Lo más probable es que por el tiempo disponible (un semestre o un año), sólo se traten casos prácticos de aplicación a la actividad periodística o comunicacional y ello, a todas luces, resulta insuficiente.

A mi juicio, en una visión tal vez simplista, se trata de impregnar transversalmente las diferentes asignaturas con un eje común de contenidos éticos y hacerse cargo de que no es un rol ajeno a la universidad y restringido a la familia u otro ámbito. Conseguir a través del convencimiento y la creatividad, hacer consciente como señala García Márquez: "La ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón".

De este modo, más allá de las legítimas y deseables opciones que tiene cada centro formador para especializar o los proyectos institucionales que constituyen el telón de fondo donde se inserta una Escuela o Facultad, se debiera entregar una línea sistemática de trabajos, teóricos o prácticos, en torno al tema. Una real y efectiva articulación entre los cursos y/o

talleres, en que la Historia de la Cultura, la Actualidad Nacional o Internacional, la Literatura, la Estética, la Comunicación, la Estadística, la Redacción - la lista es larga - asuman su verdadero valor formador. En definitiva, creo más prioritario y trascendente, desde un punto de vista académico, ocuparse de cómo salen los alumnos de la universidad, en lugar de discutir cuántos entrar a estudiar periodismo o comunicación en cualquiera de sus vertientes.